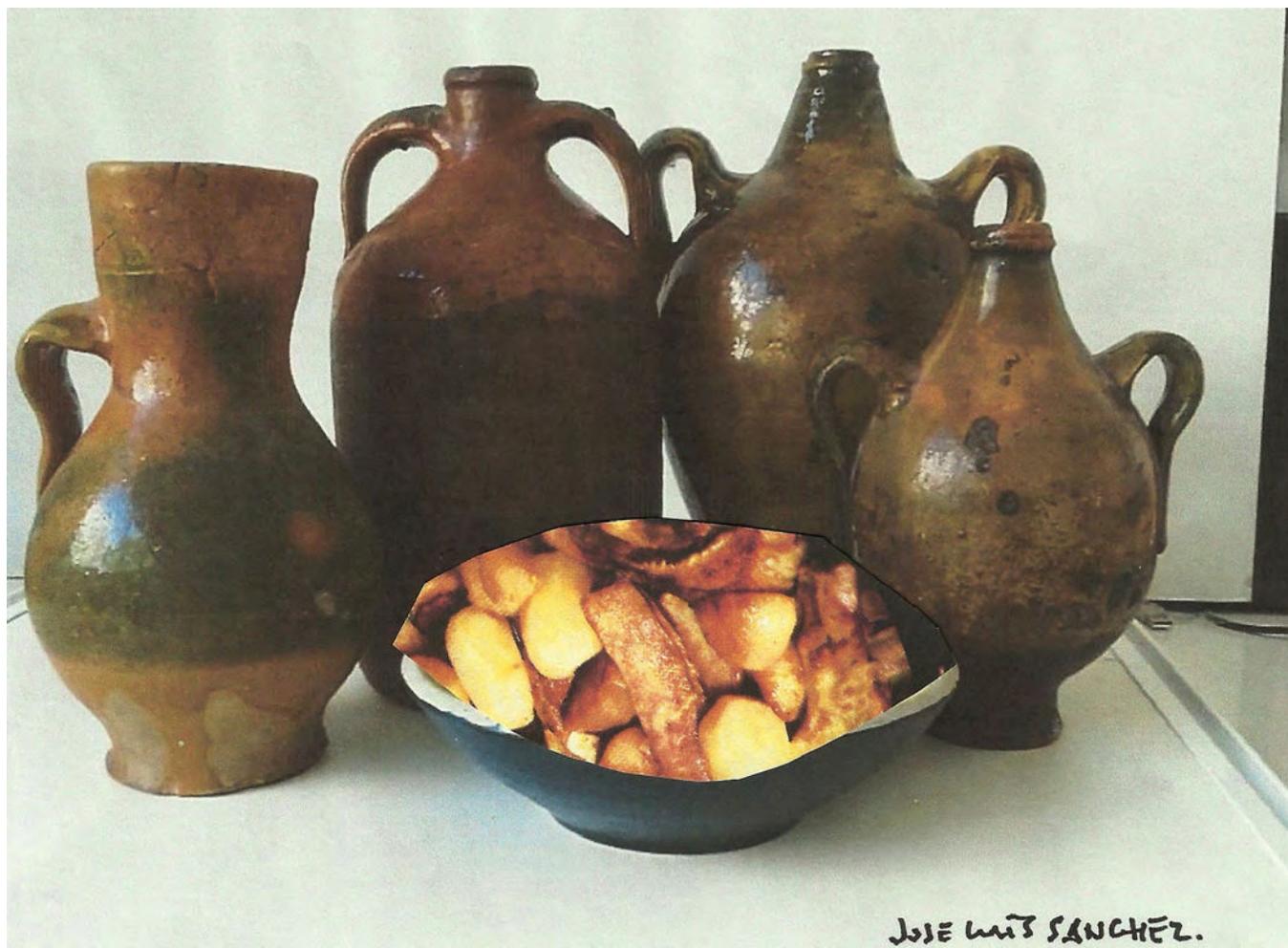


# HOMENAJE A CARMINA USEROS CORTÉS



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES  
"DON JUAN MANUEL"  
EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE

# HOMENAJE A CARMINA USEROS CORTÉS

Coordinación: **Luis Guillermo García-Saúco Beléndez**



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES  
“DON JUAN MANUEL”

EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE  
Serie III - Congresos, seminarios, exposiciones y homenajes - Núm. 20  
Albacete 2018

**Cubierta:** José Luis Sánchez: Homenaje a Carmina Useros

Homenaje a Carmina Useros Cortés / coordinación, Luis Guillermo García-Saúco Beléndez.-- Albacete : Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel", 2018.

304 p. : il. ; 31 cm.

(Serie III - Congresos, seminarios, exposiciones y homenajes ; 20)

D.L. AB 437-2018

ISBN 978-84-947530-9-1

1. Useros, Carmina (1928-2017)-Homenajes. I. García-Saúco Beléndez, Luis Guillermo

II. Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel". III. Título. IV. Serie.

061.75 Useros Cortés, Carmina

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES "DON JUAN MANUEL"  
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE

ADSCRITO A LA CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES.  
(CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS)

Las opiniones, hechos o datos consignados en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores.

ISBN: 978-84-947530-9-1

D.L.: AB 437-2018

Maquetación e impresión:

Gráficas Cano. Ctra. de Valencia, nº 10.

Telf. y Fax 967 246 266. 02008 ALBACETE

e-mail: [graficascano@graficascano.es](mailto:graficascano@graficascano.es) - [graficascano@inicia.es](mailto:graficascano@inicia.es)

[www.graficascano.es](http://www.graficascano.es)

## EL ÚLTIMO ALFAR TRADICIONAL DE CHINCHILLA

Por José SÁNCHEZ FERRER

Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel”

Conocí a Carmina Useros en 1988 con motivo de la investigación que yo estaba haciendo sobre los alfares tradicionales de Chinchilla; para realizar el proyecto era imprescindible el estudio de los fondos del museo del que era cofundadora y directora y para poder hacerlo me dio toda clase de facilidades. El trabajo fue publicado por el Instituto de Estudios Albacetenses el año siguiente<sup>1</sup>.

Para conmemorar el décimo aniversario de la fundación del *Museo de Cerámica Nacional de Chinchilla* me pidió que redactara un breve artículo sobre las características de la alfarería chinchillana -fue publicado en 1990 en la revista de la Feria de la ciudad<sup>2</sup>- y para recordar el decimoquinto año de la existencia de dicha institución fue deseo suyo que diese una conferencia en la *Cueva de la Leña* sobre la alfarería de la provincia de Albacete, propuesta que acepté encantado y que tuvo lugar el 13 de diciembre de 1997 (fotos 1 y 2).



Foto 1.- Un momento de mi conferencia en la *Cueva de la Leña*, acto que se celebró en 1997 como recuerdo del decimoquinto aniversario de la fundación del *Museo de Cerámica de Chinchilla*.



Foto 2.- Cuervera que Carmina Useros me regaló en nombre del *Museo de Cerámica de Chinchilla* con motivo de mi conferencia en la *Cueva de la Leña*.

<sup>1</sup> SÁNCHEZ FERRER, J. *El alfar tradicional de Chinchilla de Montaragón*. Albacete. 1989.

<sup>2</sup> SÁNCHEZ FERRER, J. “Una tradición artesana de Chinchilla: la alfarería”. *Feria de Chinchilla*. 1990. *El Museo de Cerámica de Chinchilla en su décimo aniversario*.

Mantuve conversaciones con ella en diversas ocasiones, las más, al encontrarnos en reuniones de miembros del Instituto de Estudios Albacetenses; la mayor parte de las mismas versaron sobre artesanía y devociones populares de la provincia, temas de común interés. Siempre pude observaren ella un criterio investigador claro y firme y una gran seriedad en el planteamiento de los trabajos etnográficos de campo que llevaba a cabo.

Como el tema que Carmina y yo tratamos más frecuentemente fue el de la alfarería tradicional de Chinchilla, he pensado que escribir un trabajo relacionado con la misma es mi mejor manera de contribuir a su homenaje.

## 1.- INTRODUCCIÓN.

Las noticias documentales que hasta hoy se conocen ponen de manifiesto que hasta el siglo XVIII fueron pocas las poblaciones que constituyen la actual provincia de Albacete que tuvieron alfarerías<sup>3</sup>. A partir de dicho siglo comenzaron a aumentar, llegando a existir un número notable en las décadas centrales del siglo XX, aunque en muchas de ellas solamente existió un establecimiento y con muy fugaz actividad<sup>4</sup>. En los años sesenta del últimamente mencionado siglo comenzó una decadencia tan vertiginosa que a finales de la centuria se podía casi literalmente decir que los alfares provinciales eran historia. En 2010 solamente restaban tres en Villarrobledo (dos eran tinajerías), dos en Albacete y uno en La Roda, éste con procesos técnicos alejados de los tradicionales.

Con la información que conozco he elaborado un mapa de las poblaciones de la provincia en las que se han documentado alfares (mapa 1). El más completo muestrario de la producción alfarera albacetense del siglo XX se conserva en el Museo de Cerámica Nacional de Chinchilla.

De todo este grupo destacan extraordinariamente tres poblaciones: Chinchilla, Villarrobledo y Hellín; son, sin duda, los tres centros alfareros más importantes de la provincia de Albacete, tanto por su antigüedad y elevado número de talleres, como por la cantidad, difusión y calidad de sus producciones; de todos se han publicado estudios. En los tres se maniobraron distintas clases de alfarería, pero en cada uno de ellos se desarrolló una modalidad concreta diferente y tan singular que ésta se convirtió en la característica distintiva del centro.

. Chinchilla: destacó con una producción vidriada (de cubierta plúmbea) hecha a torno que, aunque denominada ordinaria, alcanzó buena calidad.

. Villarrobledo: sobresalió en la fabricación de sus famosas tinajas, piezas grandes sin vidriar realizadas por el procedimiento del urdido del barro.

. Hellín: tuvo como producción representativa la hecha a torno, vidriada y con cubierta estannífera, la denominada loza esmaltada; se obró la de calidad ordinaria. También se fabricó azulejería.

<sup>3</sup> No se tienen en cuenta las tejas, aunque algunas de ellas aprovechando sus instalaciones hacían cacharrería.

<sup>4</sup> Duraron pocos años los alfares de Alcalá del Júcar, Villalgordo del Júcar, Cerrolobo, La Sarguilla, Villapalacios, Cotillas, Yeste, Elche de la Sierra, Socovos, Peñatuerta, Caudete y el último de Alcaraz.



Mapa 1. Poblaciones de la provincia de Albacete en las que se han documentado alfares.

- ▭ Alfares principales
- Alfares con larga continuidad histórica
- - - - Alfares probablemente activos desde el siglo XIX
- Alfares posteriores a 1939
- + Alfar activo en diferentes épocas

Por tanto, tres centros básicos y fundamentales en el ámbito provincial que presentan una personalidad técnica distinta y propia en el obrado de sus piezas: vidriado, urdido sin vidriar y esmaltado, respectivamente.

Está documentado que durante el siglo XX salieron de Chinchilla y Hellín numerosos maestros alfareros que se establecieron en poblaciones cercanas en donde instalaron talleres técnicamente similares a los que existían en los centros originarios y que así se generaron áreas de influencia. Por el contrario, parece que la actividad tinajera del centro de Villarrobledo permaneció cerrada en sí misma y no irradió a su entorno.

. El área de Chinchilla estuvo constituida esencialmente por los alfares de Peñas de San Pedro, Pozuelo, Albacete, La Roda, Madrigueras y Mahora. Quizás, aunque desde mucho antes que los anteriores, también estuvieron relacionados con esta zona los de Higuera, Alatoz y Carcelén.

Como se ve, los caracteres de la alfarería chinchillana alcanzaron una gran difusión creándose en torno al centro una gran zona de influencia en la que se hallaban los alfares secundarios más importantes de la provincia. A veces, las semejanzas entre los talleres eran tan estrechas que es difícil diferenciar las piezas de Chinchilla, Peñas de San Pedro y El Pozuelo.

. Se sabe que del área de Hellín formaron parte los talleres de Socovos, Yeste, Elche de la Sierra, Molinicos y el de esta época de Alcaraz. La duración de los alfares ligados a este centro fue efímera.

El resto de los alfares albacetenses fueron creados por maestros con procedencia andaluza y toledana.

A principios del siglo XX trabajaban en Chinchilla 36 alfareros, número que es un indicador de la importancia que por entonces alcanzaba esta manufactura en la población. Los obradores, y buen número de sus viviendas, según el testimonio oral de los viejos alfareros<sup>5</sup>, estaban emplazados sistemáticamente en

<sup>5</sup> Ellos me contaban que no tenían referencias de otros sitios anteriores y para asegurar su antigüedad mencionaban que cuando arreglaban las cuevas aparecían cacharros anteriores.

cuevas y casi exclusivamente en el Barrio de San Antón. Se extendían por toda la ladera del promontorio rocoso desde el convento de Santo Domingo hasta la ermita de San Antón, santo que era, precisamente, su patrón y en cuyo honor celebraban fiesta propia, que se mantuvo hasta la desaparición de los talleres. Frente a la ermita estaba la alfarería que es objeto de este trabajo.

En el primer tercio del siglo XX, el número de alfareros y de talleres comenzó a descender irremediablemente. En 1934 quedaban 26, 23 en las faldas del cerro del Santo y 3 en las cuevas que había al final del pueblo en el camino que iba hacia la estación de ferrocarril<sup>6</sup>. Durante la guerra de 1936-1939 la mayoría de los alfareros tuvo que abandonar, al menos temporalmente, la actividad porque las cuevas-obradores fueron utilizados para polvorines. Tras la contienda bélica volvieron a las cuevas, pero en 1943 serían sólo unos 10 los que continuaban; su situación laboral y económica era precaria.

En 1946 sufrieron una serie de expropiaciones que obligaron a algunos de ellos a emigrar o a abandonar la profesión. La reducción constante del mercado de los productos alfareros chinchillanos hizo que una parte de los artesanos se marchara a otros lugares de menor competencia, como La Roda, Peñas de San Pedro o Albacete, o a buscar otros medios de subsistencia.

En 1973 quedaban 3 alfares; la posibilidad de que la ancestral actividad pudiera desaparecer comenzó a vislumbrarse. En 1988, año en el que redacté mi libro sobre la alfarería de la ciudad, solamente los hijos del alfarero Mariano Tortosa, Antonio y Luis, quedaban en activo, trabajando ambos en una única alfarería. Cuando di mi conferencia en la *Cueva de la Leña*, en 1997, Luis ya estaba un tiempo jubilado y Antonio, el último maestro establecido en Chinchilla, acababa de hacerlo<sup>7</sup>. Fui a visitarle y me contó que había querido marcar el cierre de su obrador con la confección de una última serie de piezas pequeñas; ya le quedaban pocas por vender, pero aún pude comprarle una jarra para conservarla como recuerdo de la última alfarería tradicional chinchillana. El artesano, con el que había hecho cierta amistad a lo largo de las numerosas visitas que hice a su taller mientras elaboraba mi libro, me la dedicó con la frase "*Para D. José Sánchez Ferrer gran admirador de la Alfarería. Con afto. del Alfarero At. Tortosa*".

El siglo XX y el último alfar de Chinchilla terminaron casi al mismo tiempo. Una actividad de siglos desaparecía y pasaba a ser solamente histórica.

## 2.- EL ÚLTIMO ALFAR TRADICIONAL DE CHINCHILLA.

### 2.1.- Análisis de sus instalaciones.

La última alfarería, la de los hermanos Tortosa, estaba constituida por un patio cercado con puerta a la calle al que se abrían seis cuevas y un pequeño recinto construido en su extremo oriental. En ella podrían diferenciarse tres zonas (figura 1):

- A.- Espacios y construcciones para la preparación del barro
- B.- Talleres y áreas de secado y almacenaje
- C.- Hornos

<sup>6</sup> *Catálogo de la exposición "Homenaje a los alfareros de Chinchilla"*. Albacete. 1974.

<sup>7</sup> La cuervera que recibí tras la ya citada conferencia ya fue elaborada en La Roda.

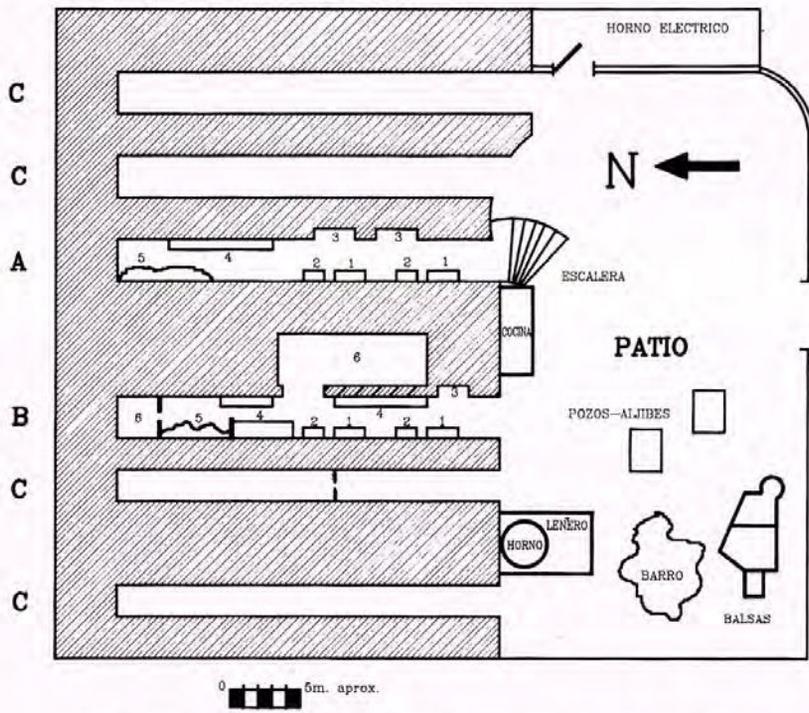


Fig. n.º 1: Croquis de la alfarería de los hermanos Tortosa. Chinchilla.

A: cueva-taller de Luis Tortosa. B: cueva-taller de Antonio Tortosa. C: cuevas-almacén.

- |                                    |                |
|------------------------------------|----------------|
| 1: tornos                          | 4: estanterías |
| 2: losas de sobar                  | 5: barro       |
| 3: huecos utilizados como armarios | 6: almacén     |

#### A.- Espacios y construcciones para la preparación del barro.

La zona donde se realiza el proceso de preparación del barro ocupa la mayor parte de la mitad occidental del patio. En ella se realizaban las operaciones de secado, machacado o picado, mezcla de tierras, hidratado (batido, colado y cuajado), pisado y sobado. Las dos construcciones que podían verse allí estaban relacionadas con el hidratado; eran los dos pozos-aljibes y las balsas o pilas para el colado del barro. Las pilas tenían interés funcional y tipológico y, por ello, haré una breve descripción de las mismas (foto3 y figura 2).

Las pilas del colado tenían como función la obtención de barro sin piedras, grumos y otras impurezas. Eso se conseguía a través del sedimentado, decantado y filtrado a los que se sometía la masa. El conjunto constaba de tres pilas semihundidas, sucesivas, adosadas y comunicadas, construidas de mampostería enlucida con cemento. Su fondo era plano y ligeramente inclinado y por él circulaba el agua sobrante del



Foto 3.- Balsas para el colado del barro de la alfarería de los hermanos Tortosa; al fondo la ermita de San Antón. Hacia 1990. Fot. J. S. Ferrer.

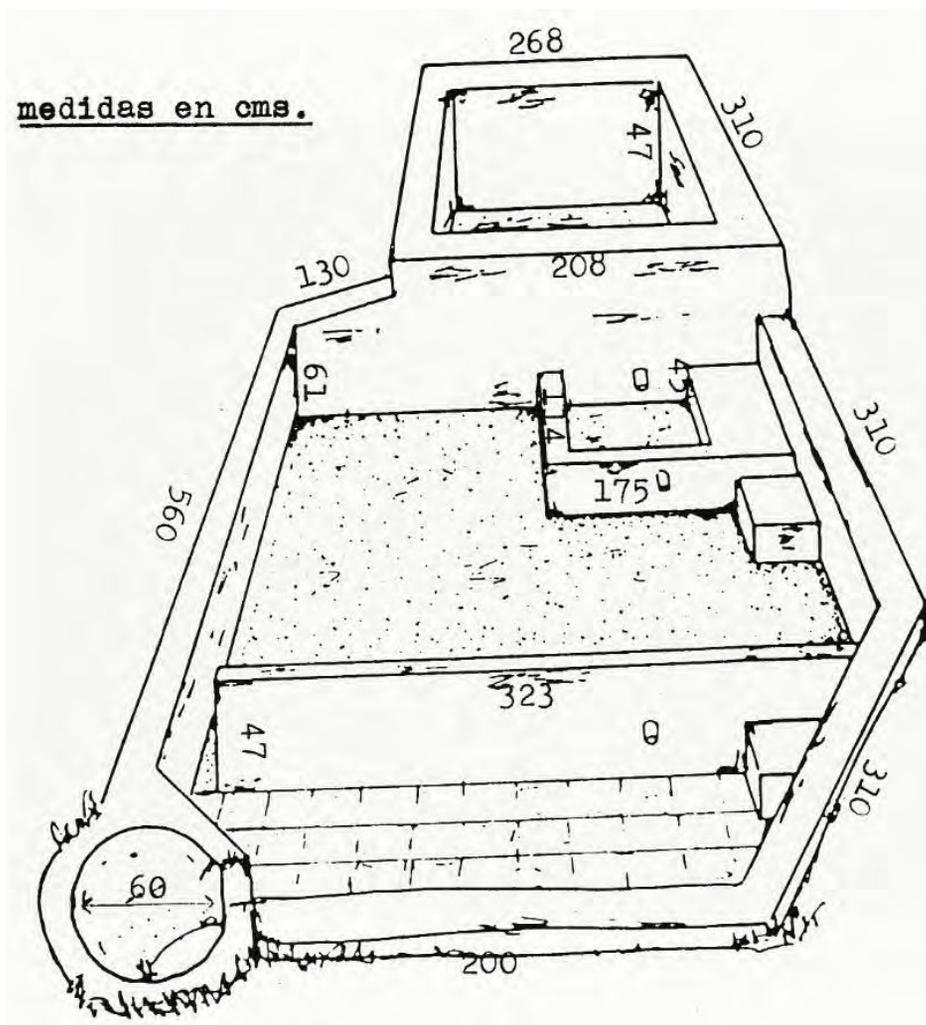


Figura 2.- Dibujo y medidas de las balsas de la alfarería de Luis y Antonio Tortosa.  
(Reproducida de LIZARAZU, *Alfarería popular de la Provincia de Albacete: estudio etnográfico*).

barro, que se iba recogiendo en el pocillo que se había hecho en el nivel más bajo. Las pilas tenían diferente profundidad y superficie y estaban pavimentadas con baldosas de barro cocido. La segunda tenía en su interior otra pequeña, en la que se efectuaba el filtrado del barro colocando debajo del conducto que la comunicaba con la primera balsa una criba que iba reteniendo las impurezas.

Toda la instalación medía nueve metros y medio de longitud y tres y medio de anchura máxima. Era, sin duda, una pieza importante por su singularidad en esta clase de construcciones.

#### B.- Talleres y áreas de secado y almacenaje.

Chinchilla posee un destacado conjunto urbano de viviendas subterráneas, la mayor parte ya sin utilizar permanentemente. Tipológicamente están emparentadas con los numerosos grupos que existen de esta clase de arquitectura popular en tierras valencianas (Benimamet, Paterna, Burjasot y Gandía), granadinas (Guadix y Sacromonte) o castellano-manchegas (La Guardia y Noblejas). Todas las cuevas chinchillanas están construidas en las laderas de los escarpes rocosos sobre los que se edificó la población. Igualmente, los espacios en los que se desarrollaba buena parte de las labores alfareras estaban excavados allí (foto4). La arquitectura construida al efecto es subterránea y, por tanto, de concepción simple y rudimentaria. Es del tipo espacialmente regresivo de recinto incompleto por no poder ser cognoscible exteriormente. La existencia de esta delimitación del espacio es posible sólo por la propia consistencia de la masa caliza de la roca que no ha sido debilitada debido a la angostura de las perforaciones. Es, pues, una arquitectura primaria perteneciente a la tipología del hábitat subterráneo<sup>8</sup> con un destino industrial.

<sup>8</sup> Ha sido estudiado por diversos autores. Entre ellos: C. Flores, Torres Balbás, Caro Baroja, Jorge Aragonese, Feijó Alonso, Reverte Salinas y García Martín.



Foto 4.- Entradas de algunas de las cuevas que se utilizaron en la alfarería de los hermanos Tortosa. Fueron excavadas en la ladera del cerro sobre el que se alza el casco urbano de Chinchilla. Foto de hacia 1990.

Está demostrado documentalmente que en Chinchilla existían viviendas rupestres con mucha anterioridad a las cuevas-alfarerías. La primera noticia que conozco es de 4 de octubre de 1495; se trata de una ordenanza que penalizaba con diez maravedíes a los habitantes de la ciudad de doce años hacia arriba que no fueran a misa y con otros diez si no lo hacían porque estaban participando en cualquier clase de juego, “*esto se entienda estando en la çibdad o en la plaça o en los mesones o en la corredera o en los arrauales de la dicha çibdad o en las cuevas en derredor de la çibdad*”<sup>9</sup>. Queda claro, pues, que a finales del siglo XV ya existían viviendas excavadas en buen número en las vertientes de la peña<sup>10</sup>. Sin embargo, creo que las cuevas-taller dedicadas a alfarerías no pueden considerarse incluidas en el genérico cuevas de la referencia documental porque tienen una morfología particular para acomodarlas a un proceso productivo concreto; no se reutilizaron viviendas precedentes porque las que se conocen como obradores de esta actividad organizativamente difieren sensiblemente de las empleadas como viviendas; tampoco tienen parecido con silos y chinchorreras.

Los talleres alfareros estuvieron emplazados en el medievo en las cercanías del monasterio de Santo Domingo, en los arrabales de la ciudad, y desde allí se fueron extendiendo por la ladera de la peña hasta la ermita de San Antón. En una fecha desconocida, posiblemente a finales del siglo XVIII<sup>11</sup>, las alfarerías se ubicaron en cuevas de considerable profundidad y así ocurría en la última de ellas, en la que, igualmente, una parte de las instalaciones pertenecía a la arquitectura subterránea, siendo ésta una de las notas más significativas de los alfares de la localidad.

<sup>9</sup> PRETEL MARÍN, A. *La Comunidad y República de Chinchilla (1488-1520). Evolución de un modelo de organización de la oposición popular al poder patricio*. Albacete. 1989. Pág. 135.

<sup>10</sup> Esta noticia invalida la hipótesis que FERNÁNDEZ SERRANO y otros publican en “La arquitectura rupestre de Chinchilla de Montearagón”, *Rev. Narria* nº 27, sept. 1982, págs. 2 a 5. Suponen el inicio de esta arquitectura en 1570, con la llegada a la ciudad de contingentes moriscos procedentes de las expediciones de paz que se efectuaban desde el área de Granada.

<sup>11</sup> A. H. P. de Ab. Sec. Catastro de Ensenada: Chinchilla. *Libro Maestro Secular*. 1771. En este incompleto libro figuran cuatro alfareros. Ninguno de ellos posee ni tiene alquilada una cueva en 1771. Por el contrario, sí se les relaciona como propietarios de una casa cada uno. Sin embargo, un buen número de vecinos figuran habitando una cueva; de ello se deduce que, como mínimo, aún no estaba generalizado el hecho de utilizar como talleres recintos excavados.

Las caracterizan los rasgos fundamentales siguientes:

. La profundidad. Salas estrechas y largas llegando, e incluso superando, los veinticinco metros de profundidad.

. La sencillez estructural. Espacios generalmente sin ejes de penetración quebrados y solamente compartimentados por separaciones transversales al eje axial. Predomina la planta rectangular y aproximadamente simétrica a lo largo de todo su desarrollo. Solamente en algunas cuevas se han excavado alguna habitación lateral o pequeños entrantes para utilizarlos como armarios o basares. El techo es una superficie curva semejando una falsa e irregular bóveda de cañón; la sección longitudinal es sensiblemente rectangular y la transversal siempre muestra un perfil próximo a un arco de medio punto muy peraltado.

. La escasez de vanos. Al estar desarrolladas en profundidad y ser estrechas, los vanos quedan reducidos a la puerta de entrada, abertura que se convierte en el único sistema de iluminación y ventilación de la estancia. No se practica ningún respiradero o chimenea y los alfareros tienen que trabajar próximos a la puerta.

Ahora bien, aunque esta arquitectura es, digamos, embrionaria desde el punto de vista estructural, espacial y de concepción, resulta muy satisfactoria desde el funcional y esto es lo que le confiere carácter industrial y destacada importancia arquitectónica a este tipo de construcciones. Las cuevas presentan claras ventajas para el quehacer alfarero:

. mantienen un grado óptimo de humedad para la conservación del barro.

. poseen unas magníficas condiciones para el oreo y primer secado de las piezas, efecto que debe llegar lentamente para evitar las fracturas que podrían producir las contracciones o dilataciones ocasionadas por los cambios bruscos de temperatura.

. conservan una temperatura razonablemente constante a lo largo del año, lo que permite trabajar en estos espacios tanto en el caluroso verano como en el riguroso invierno chinchillanos.

La zona de talleres y áreas de secado y almacenaje de la alfarería de los hermanos Tortosa estaba formada por seis cuevas aproximadamente paralelas que abrían sus entradas al patio. Dos de las cuevas, de unos tres metros de ancho por unos veinticinco de largo, se utilizaban como taller, almacén de barro y expositor de piezas para la venta (fotos 5 y 6). Las otras, de más o menos la misma profundidad que las citadas -algunas eran las antiguas viviendas de los alfareros (foto 7)-, se usaban como secaderos y almacenes de utensilios, herramientas y piezas terminadas.



Foto 5.- Taller de Antonio Tortosa.



Foto 6.- Taller de Luis Tortosa.



Foto 7.- Interior de una de las cuevas utilizadas como secadero; anteriormente fue vivienda.

### C.- Hornos.

En la alfarería existían dos hornos, uno eléctrico -industrial ordinario y del que no merece la pena tratar-, instalado en el pobre recinto situado en el lado oriental del patio, y uno de los denominados árabes.

En 1989 el horno árabe hacía más de diez años que no se utilizaba y su estado de conservación era muy precario; en 1992, año en el que fue publicado mi trabajo sobre la arquitectura de los alfares chinchillanos<sup>12</sup>, el horno estaba ya completamente en ruinas (fotos 8 y 9).



Foto 8.- Exterior del horno árabe de la alfarería Tortosa en 1992.



Foto 9.- Interior de la caldera del horno árabe de la alfarería Tortosa en 1992.

A la vista de lo que conozco, en las alfarerías chinchillanas podían encontrarse dos tipos de hornos tradicionales, el árabe y el de flameras, predominando netamente el primero de ellos.

En 1989, en la ciudad quedaban restos de varios hornos árabes, pero ninguno de ellos permitía conocer completamente su morfología; por tanto, el de los Tortosa era el único que estaba completo y esto lo convertía etnográficamente en muy importante porque documentaba la más característica clase de horno de los obradores del barro de la población. A pesar de su pésimo estado de conservación pude estudiar su estructura y dejarla descrita y dibujada (figura 3).

<sup>12</sup> SÁNCHEZ FERRER, J. "Análisis arquitectónico de los alfares de Chinchilla". Rev. *AL-BASIT* nº 31. Albacete. 1992. Págs. 269-284.

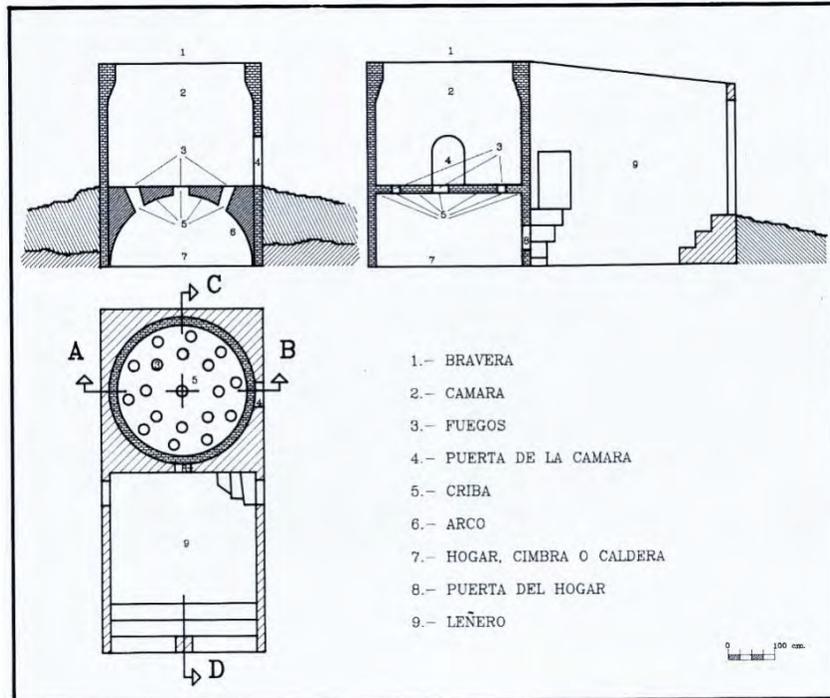


Figura 3.- Planta y cortes esquemáticos del horno árabe de la alfarería Tortosa.

El horno estaba situado en el patio de la alfarería y constaba fundamentalmente de dos partes:

- a.- El horno propiamente dicho
- b.- El leñero
- a.- El horno propiamente dicho.

Era prismático al exterior y cilíndrico interiormente, con ligera disminución de la sección en el tramo más alto. Tenía el cielo abierto y el revestimiento interior se hallaba constituido por ladrillos refractarios en disposición isódoma. La tabiquería exterior estaba levantada con mampostería de piedras muy dispares en tamaño que presentaba un aparejo muy irregular. Toda la superficie externa aparecía enlucida.

Constaba de dos cámaras superpuestas en vertical.

La inferior era el hogar, caldera o cimbra. Se encontraba abovedada con ladrillo refractario y en ella se introducía la leña por una estrecha boca cerrada por la parte superior por un arco de medio punto de ladrillo refractario; a la cimbra se accedía desde el interior del leñero.

Encima de la cámara descrita estaba la de cocción, el vaso o cámara, con la puerta, también de medio punto y construida con ladrillo de la misma clase, practicada en un lateral.

La comunicación entre ambas cámaras se establecía a través de diecinueve perforaciones (dieciocho en dos círculos y una en el centro), los fuegos, de la superficie de separación, la criba, que permitían que las llamas, el calor y los gases pasaran a la zona superior.

b.- El leñero.

Era un cobertizo con tejado a una sola vertiente adosado a la pared de la puerta de la caldera. Tenía dos vanos en el frente separados únicamente por un pilar de sección cuadrada y otros dos, uno en cada lateral, más reducidos. Se destinaba a almacenar la leña que debía quemarse en el horno y servía también para faenar bajo cubierto la larga y delicada operación de la cocción. No tenía interés arquitectónico.

## 2.2.- Caracteres de la producción.

Hasta los años sesenta del pasado siglo en el alfar se realizaba la obra de cacharrería completa, es decir, el conjunto dispar y variado de recipientes y útiles de barro cocido, tanto vidriados, los más característicos, como sin este acabado, que se usaban en la vida ordinaria de aquella época. Era una producción funcional y barata de uso doméstico destinada a abastecer los vecinos de la comunidad propia y de algunas cercanas.

Los recipientes podían clasificarse así:

- . Para guardar y transportar líquidos:
  - . Con vidriado exterior generalmente (botijos y botijones)
  - . Generalmente sin vidriar (cántaros, cántaras y pequeñas tinajas)
- . Siempre vidriados interiormente (alcuzas, cuerveras, jarrones de ordeño, jarras y porrones)
- . Para fuego:
  - . Siempre vidriados interiormente (cazuelas, ollas y pucheros)
- . Para elaboración, consumo y conservación de alimentos:
  - . Siempre vidriados interiormente (escudillas, morteros, orzas, platos y tazas)
- . Para otros usos:
  - . Casi todos vidriados interiormente (morteros, coberteras, corcioles, lebrillos y lebrillas, servicias o bacines, etc.)

La técnica del taller que se estudia respondía a los caracteres generales de la chinchillana y hay que considerarla muy representativa de la misma. Las piezas eran de pasta coloreada y blanca de pared porosa y se polarizaban entre la que no se vidriaba (de agua y obra parda) y la vidriada con barniz plúmbeo (de fuego, conservación de alimentos, etc.). Toda se maniobraba en torno semihundido (figura 4) y tenía una sola cochura en horno árabe de dos cámaras.

La decoración, en general, o no existía o era simple y sobria, consistiendo, fundamentalmente, en incisiones, relieves, engobes y aplicaciones de pocos colores, uno o dos. Las pigmentaciones tradicionales del barnizado eran el melado y verde y para la decoración los mismos colores y también el amarillo.

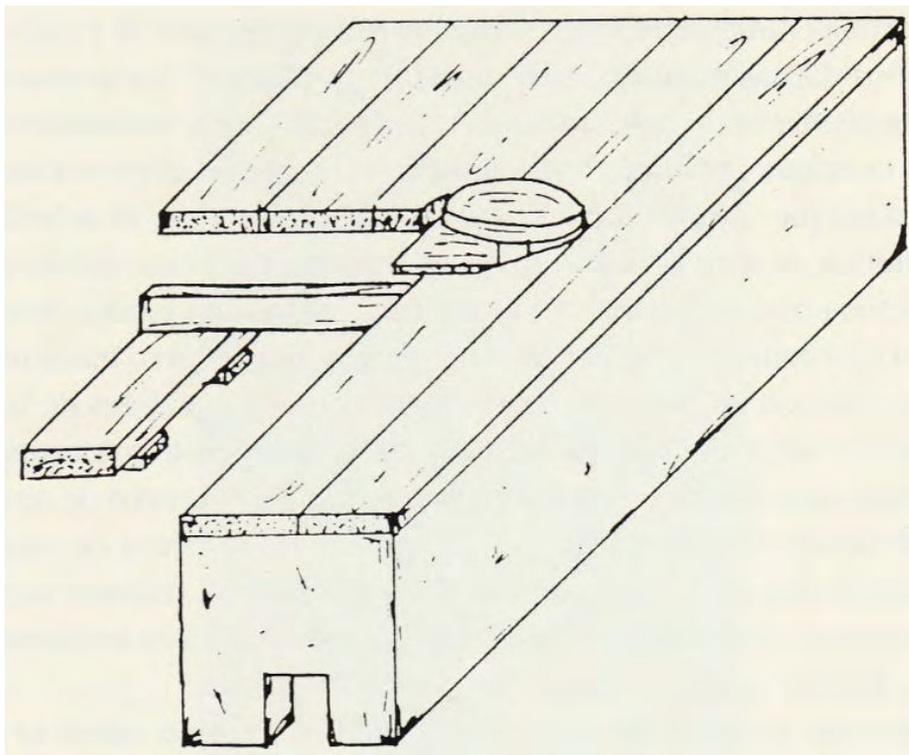


Figura 4.- Dibujo del torno semihundido de Antonio Tortosa.  
(Reproducido de LIZARAZU, *Alfarería popular de la Provincia de Albacete: estudio etnográfico*).

Las piezas presentaban formas sencillas y desnudas, con un buen diseño y bellas, especialmente las vidriadas y algunas de las de agua, como los cántaros. Los acabados de las superficies se reducían a tres: el liso, pulido y brillante del vidriado; el liso y mate de la obra de agua; y el áspero del resto de la obra parda.

En los años setenta se iniciaron sendos procesos de desaparición de muchas piezas y de adulteración de la técnica tradicional del alfar.

Aunque hay otras, la causa más importante de la desaparición de piezas que habían sido obradas a lo largo de siglos consistía en que buena parte de los productos ya no respondían a las necesidades de la

sociedad de entonces, ni siquiera en el ámbito rural, lo que ponía de manifiesto que la íntima relación de las labores alfareras con la vida agrícola y ganadera, bases de la economía de la ciudad y su entorno, se iba viendo progresivamente afectada; como consecuencia, comenzó la galopante desaparición de piezas y talleres. Los productos de esta manufactura, de uso común y esencialmente utilitarios, fueron perdiendo funcionalidad y comenzaron a ser sustituidos por los de metal, porcelana, vidrio y plástico. Además, desde los años sesenta, la imparable despoblación del campo también fue incidiendo negativamente en la demanda de la obra del barro.

La producción empezó a dirigirse hacia otra clientela y, por ello, a la problemática citada le siguió la del cambio en las características de los destinatarios; tradicionalmente, éstos se situaban en el mismo nivel social y económico que el alfarero, utilizaban las piezas para uso cotidiano y precisaban renovarlas con cierta frecuencia. Pero esto comenzó a dejar de ser así y la producción fue obrándose cada vez más bella e inútil, precisamente porque muchas piezas se iban convirtiendo en objetos de adorno y de uso prescindible.

La pérdida de la utilidad y la búsqueda de la belleza y de lo pintoresco o la creación del souvenir “típico” para el turismo (fenómeno que contribuía decisivamente al falseamiento de la cerámica tradicional, aunque también lo hacía en el incremento de las ventas y en el mantenimiento de los talleres que iban quedando) hicieron que a lo largo de las últimas décadas de existencia de los alfares los maestros fueran reconvirtiendo su actividad -tanto adoptando los adelantos técnicos como incorporando nuevos diseños, productos y materiales- para conseguir una producción que estuviese en consonancia con la nueva demanda.

Aunque en los últimos alfareros chinchillanos había resistencia a los cambios (fotos 10 y 11 y figura 5), éstos se fueron imponiendo inevitablemente. El uso de los hornos con cocción a leña desapareció a finales de la década de los sesenta y estas instalaciones se convirtieron en ruinas. La tecnología del horno eléctrico se impuso rápidamente; este hecho supuso un cambio esencial en el carácter de la alfarería, lo que, unido a la prohibición, por normativa sanitaria, del uso del barniz con sulfuro de plomo, hizo que los colores y matices cromáticos y que las “aguas” y los efectos sorpresa de las piezas no fueran como los de antaño. Todo estaba controlado y dominado y, por ello, dejaron de aparecer los casuales retoques, las caprichosas irisaciones y los imprevistos colores. Las obras cada vez fueron más perfectas, con brillos “sin fallos” y de superficie homogénea, pero sin el “duende” ni el encanto de las piezas maestras precedentes. Las formas se modificaron y se enriquecieron con nuevas decoraciones, sin raíces, para propiciar las ventas y, al fin y al cabo, para mantener la actividad.

Los grandes morteros con tapa y, sobre todo, las cuerveras se convirtieron en las piezas más importantes del alfar, obrándose cada vez más espectaculares. Las segundas se erigieron en las creaciones más populares y conocidas de los alfares chinchillanos y, trascendiendo de los mismos, alcanzaron la consideración, junto con las grandes tinajas para el vino, de ser las obras de barro más representativas de la provincia de Albacete e, incluso, de buena parte del área castellano-manchega. Esta apreciación hace que cierre este trabajo exponiendo algo sobre ellas.



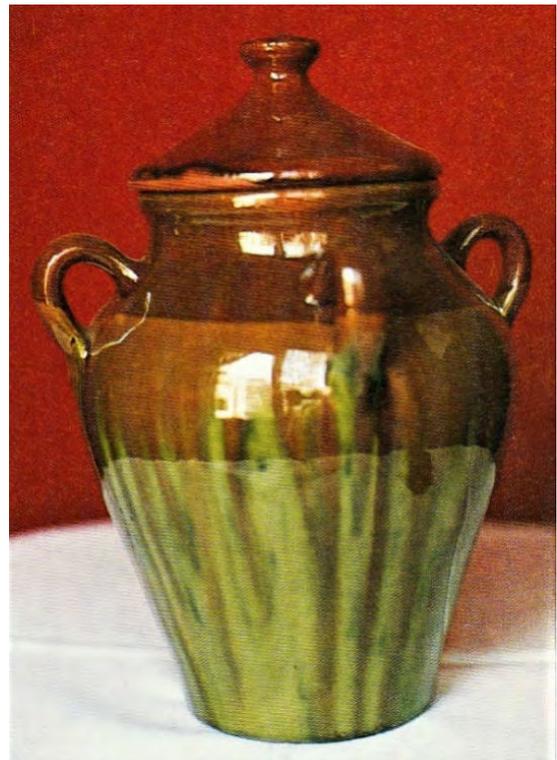
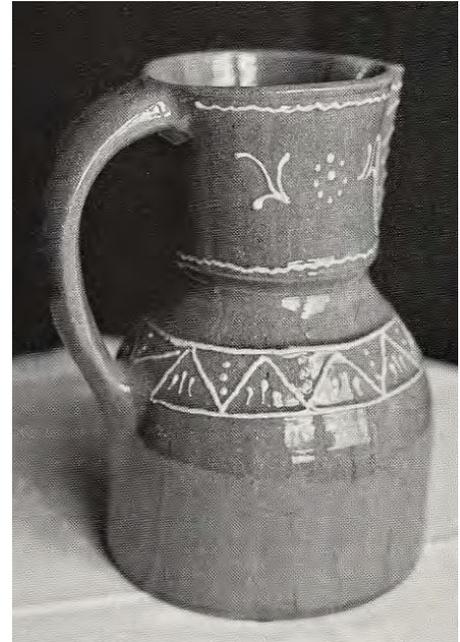
Foto 8.- Luis Tortosa elaborando una cuervera en su taller.  
Hacia 1988.



Foto 9 y figura 5.- Arriba, Antonio Tortosa trabajando el barro en su taller. Hacia 1988.  
Abajo, *Alfarero pisando el barro* (seguramente Antonio Tortosa). Dibujo de Benjamín Palencia. 1972.  
(Reproducido del trabajo de TARRAGÓ PLEYÁN, *La cuerva, bebida manchega*. Barcelona. 1974).

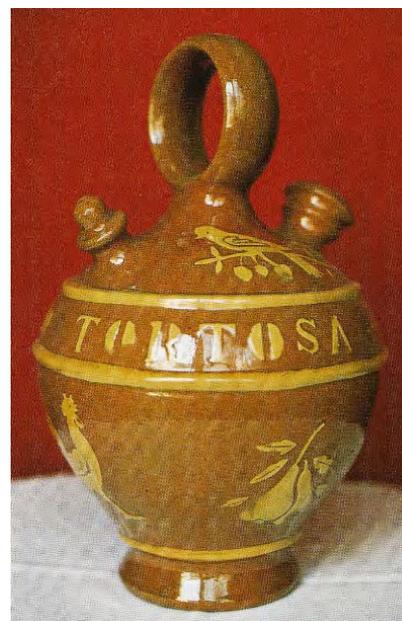
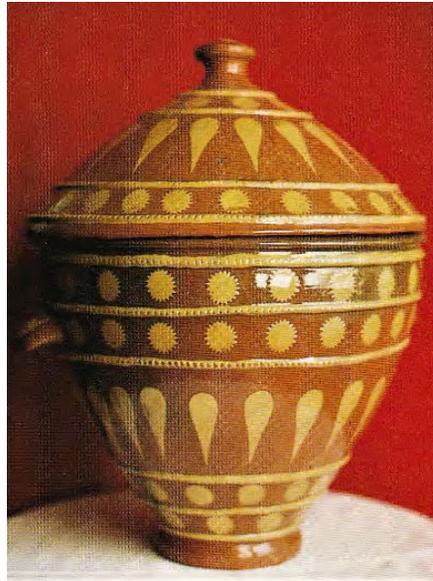
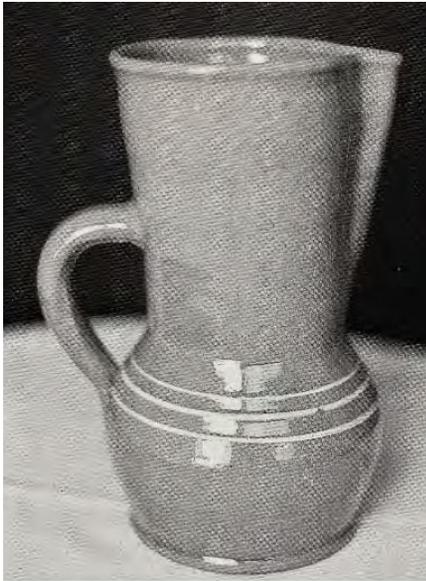
Las cuerveras que se obraban en el alfar que se estudia eran piezas abiertas (el diámetro de la boca es el máximo), troncocónicas y anchas de la serie bol (la relación entre profundidad y diámetro máximo es de aproximadamente  $\frac{1}{2}$ ). La base de las mismas se incorporaba a continuación del cuerpo; era estrecha, plana o en corona, y se expandía por ensanchamiento. A estos complejos recipientes se les colocaban dos pequeñas asas de cinta con acanaladura, opuestas, que podían ser horizontales o verticales. Estaban provistas de un número par de pequeñas plataformas que mostraban altos y redondeados bordes y a las que se les daba el nombre de puestos o vaseras; en ellas se apoyaban los pucheretes, modelados con el fin de beber con ellos la tradicional cuerva, bebida de la que recibían el nombre. Los puchereros eran de reducido tamaño y poseían una capacidad aproximada de un cuarto de litro.

#### REPERTORIO DE PIEZAS DE LUIS TORTOSA



Fotos: Arriba izquierda: jarrón de ordeño; Museo de Cerámica de Chinchilla. Arriba derecha: jarra; colección particular.  
Abajo izquierda: gran mortero con tapa; Museo de Cerámica de Chinchilla.  
Abajo derecha: orza con tapa; colección particular. Fot. J. Cano.

REPERTORIO DE PIEZAS DE ANTONIO TORTOSA



Fotos: Arriba izquierda: botijo; colección particular. Arriba derecha: botijo; colección particular.

Centro: cuervera de doce puestos; Museo de Cerámica de Chinchilla.

Abajo izquierda: jarra; colección particular. Abajo derecha: gran mortero con tapa; colección particular. Fot. J. Cano.

Estas vasijas se maniobraban con tamaños muy diferentes, envergaduras que dependían del número de plazas o puestos con que se habían elaborado. Las más frecuentes eran las que oscilaban entre cuatro y doce puestos, pero, excepcionalmente, se hacían mayores.

Se obraba primero el cuerpo de la cuervera y cuando se había oreado se pegaban los puestos y las pequeñas asas; luego se raía y se decoraba. En su decoración se utilizaron uno o varios de los aspectos siguientes:

- . Incorporación de óxidos en el vidriado, siendo los más característicos los que generaban el verde y, sobre todo, el melado.

- . Dibujado, tanto en el interior como en el exterior, de bandas de diferente anchura (en las más antiguas ésta solía ser la única decoración) o líneas de meandros bordeadas de puntos, generalmente de color amarillo o, menos frecuentemente, blanco. Los pucheretes solían decorarse con dos o tres líneas paralelas en la panza.

- . Aplicación con trepa de una serie de motivos o dibujado de otros con pera de goma. Los más representativos del alfar eran: racimos de uvas, peras, soles, gallos, custodias, conchas, floreados, etc. Solían labrarse estilizados y esquemáticos.

- . Escritura de leyendas alusivas al dueño, nombre de la población, etc. y dedicatorias o coplas en amarillo o blanco.

La difusión de esta cuervera fue un fenómeno interesante y al mismo le puedo hacer un par de observaciones.

Una, que está generalmente aceptado el origen chinchillano de la cuervera con vaseras y su irradiación a otros centros manchegos que la fabrican, como La Roda, Albacete y Consuegra (Toledo). Natacha Seseña<sup>13</sup> considera la de esta última población como una variante más de la típica chinchillana.

Y la otra, que la cuervera con vaseras es una pieza moderna del alfar, desprovista de la larga tradición que poseen muchas otras del mismo.

Que no se fabricaban cuerveras en la época medieval parece claro. Que tampoco se hacían a principios del siglo XVI es seguro; los documentos que relacionan las piezas que se fabricaban en esta época no hacen alusión alguna a ellas. Tampoco las hay en las ordenanzas de alfareros de 1787; en éstas se redactó un artículo final en el que después de los productos expresamente recogidos en ellas se expone que *“Las demas piezas por ser tantas y de diversos tamaños y anchuras y por lo mismo no podersele dar regla fija”*, pero es impensable que una pieza tan importante pudiera estar incluida en este conjunto sin detallar; por su magnitud se individualizaría, sin lugar a dudas. Por entonces los lebrillos eran ya habituales y, precisamente, en ellos sería donde se preparaba la cuerva.

Antonio Tortosa me refirió que en tiempos de su padre ya se obraban unos recipientes para preparar esa bebida que tenían, o bien una plataforma, o bien un anillo o poyete, pero que aún se bebía en vasos de cristal. También tengo noticias de cuerveras a las que se les obraba un pitorro en la parte alta del cuerpo para llenar los vasos con la inclinación del recipiente y de otras que se les hacía un pico vertedor, piezas que posiblemente ya se hacían en la segunda mitad del siglo XIX.

El color habitual de esas primeras cuerveras era en melado y la decoración más frecuente consistía en una faja amarilla de unos dos dedos de anchura pintada a todo su alrededor; en menos ocasiones se hacían con dos o tres fajas de distinta anchura. Más recientes fueron las cuerveras de color verde, aunque siempre fue más característico el primitivo.

Tras la contienda civil de 1936-1939 parece ser que fueron incorporándose motivos decorativos a la cuervera, que también se extendieron al resto de la producción.

Según su testimonio, Antonio Tortosa efectuó nuevas modificaciones a partir de 1953, año en el que obró una de doce puestos -hasta entonces las más grandes que se hacían eran de seis- con la aplicación de los motivos decorativos que se mantuvieron hasta el final del alfar y con la adición de los pucheretes. Otro alfarero chinchillano, Antonio Carcelén, me manifestó, por el contrario, que el complemento de los pucheretes era una práctica habitual muy anterior, pero que se popularizaron a partir de la participación de Antonio Tortosa en concursos y de la obtención de diversos premios en ellos.

<sup>13</sup> SESEÑA, N. *La cerámica popular en Castilla la Nueva*. Madrid. 1975. Pág. 109.

Lo cierto es que el modelo hizo fortuna y comenzó a venderse y a convertirse en una pieza clásica. En el taller de los Tortosa se elaboraban muy poca sal principio; solamente se cocían a la vez doce cuerveras de doce y esto se hacía sólo cuatro veces al año. Hubo épocas en las que se tenían que encargar y esperar algún tiempo para tenerlas.

Esta obra alfarera ha sido frecuente objeto de inspiración para escritores, artistas y estudiosos sensibles a las cosas de la tierra y muchos de ellos la han ensalzado, investigado, loado, dibujado (figura 6) y pintado.

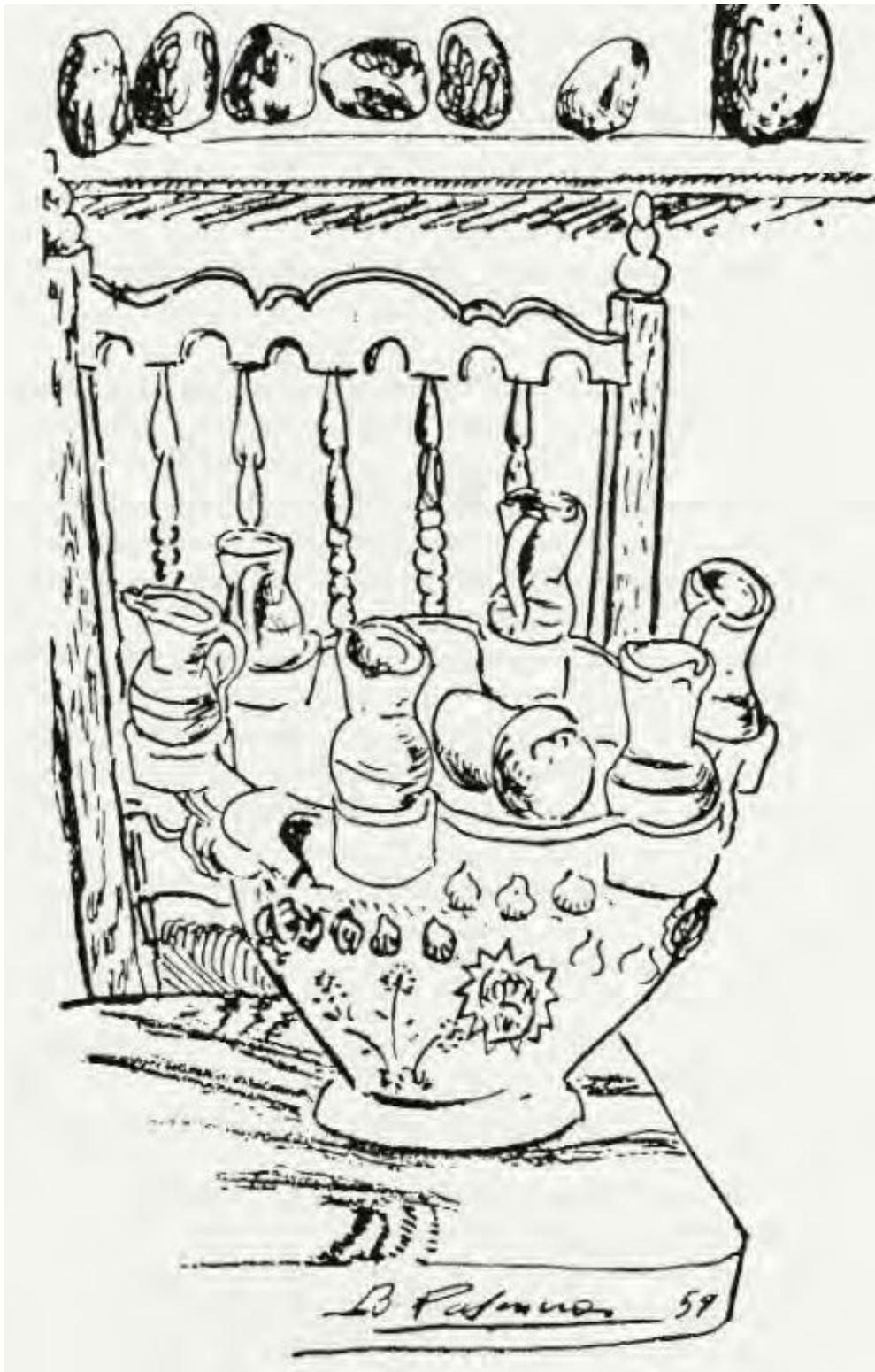


Figura 6.- Cuervera de Chinchilla. Dibujo de Benjamín Palencia. 1959.  
(Reproducido del trabajo de TARRAGÓ PLEYÁN, *La cuerva, bebida manchega*. Barcelona. 1974).



DIPUTACIÓN DE ALBACETE